

OTRA ENTREGA DE LA DETECTIVE NARANJO

Ayer Maru en el grupo de Labios rojos, chocolate y una rosa pidió un favor a alguien que viviera en Madrid y yo me presenté rauda y veloz. Hay que tener en cuenta que yo me trasladé a Madrid en febrero de 2020 y el 14 de marzo ya tuvieron el placer de confinarme en casa, antes de que pudiera hacerme una idea de la ciudad, de disfrutar de sus museos, de sus bibliotecas. Justo tuve tiempo de pasar por el Ayuntamiento para censarme. Recuerdo la conversación con la funcionaria del registro cuando me preguntó por mi profesión. Le dije que era funcionaria, pero que ahora pretendía dedicarme a escribir. Ella se alegró mucho y me animó a escribir y a pasarme por la biblioteca de barrio. Yo diría que ella se alegró más que yo de mi nueva profesión, porque, en realidad, yo no me creía lo de escribir, siempre ando posponiéndolo, pero decir que estaba en el paro tampoco me gustaba y lo de ama de casa no entra en mi registro, porque no sé coser, no sé cocinar, no me gusta ir a comprar. Vaya que no cumplo con el perfil, y de perfiles entiendo, porque he sido directora de una oficina de empleo.

Tuve tiempo también de conseguir mi tarjeta sanitaria (aquí en España se necesita una tarjeta para ir al médico, cada Comunidad Autónoma tiene sus competencias en Sanidad y su propia tarjeta. Yo parece que las colecciono debido a mis mudanzas), parecía predestinada a todo lo que iba a venir después. Y también tuve ocasión de sacar unos libros de mi Biblioteca de barrio, que no pude devolver hasta junio.

Ya no tuve oportunidad de más. Bueno sí, de ir a un coloquio entre J. Cercas y J. Gracia; y a una inauguración de pintura, donde invitaban a jamón ibérico. Me había parecido tan divertido cuando vi la invitación en el periódico, que escribí y me mandaron un pase. Luego anduve lamentándome los primeros quince días de confinamiento por si nos habíamos contagiado en aquella sala reducida y donde había muchísima gente. Con el termómetro desayuno, comida y cena. Comiendo todo muy, muy tranquilamente para evitar toses que pudieran llevar a equívocos. Los primeros quince días del confinamiento fueron los perores.

Después acabé barajando la idea de que el jamón ibérico tuviera un efecto en el virus, porque nosotros no nos contagiamos.

No obstante, conozco la ciudad, porque he pasado temporadas. Hace años preparaba oposiciones al Cuerpo Superior del Estado y me preparaba en una Academia aquí en la calle Reina, paralela a Gran Vía.

Sin embargo, el estallido de la pandemia me ha impedido ubicarme realmente donde vivo, porque es un barrio que no conocía, aquí lo único famoso es el estadio del Atlético de Madrid, y yo, lo siento mucho, no soy ninguna forofa de los deportes desde la grada. Practicarlos es otra cosa, ir corriendo por ahí, meter un pie, un codo, ver que el balón ha ido en dirección contraria. Sí, eso es lo que me gusta.

En fin a lo que íbamos. La idea de Maru era hacer un obsequio a Rosa Montero en agradecimiento a todos sus desvelos por la publicidad para la Antología. A mí me pareció una idea preciosa. Maru propuso regalarle una orquídea, luego dándole vueltas se añadió un carmín, muy rojo, una tableta de chocolate y una rosa. Era una idea magnífica.

Cuando empezó el Facebook de Rosa Montero el sábado, le pregunté muy diplomáticamente cuál eran sus flores preferidas, pero lo hice de una manera tan disimulada que creo que no lo ha leído. Después del Facebook, pensé que quizás mejor que la orquídea sería un cuaderno de los que usa ella, pero personificado con la portada del libro. Como siempre nos enseña sus cuadernos, podía ser una buena idea. Estuve buscando en internet donde podían hacer el encargo, pero el problema era que esto se iba a demorar un poco, y la idea era que lo tuviera para el miércoles.

En esto me di cuenta que en España estamos en pleno puente de la Constitución y la Purísima, lo que quiere decir que hasta el miércoles está todo más o menos cerrado. Esto sí era un problema, porque cualquier encargo se iba a demorar mucho más del miércoles. Volví a la

idea originaria: un carmín, chocolate, una rosa y una orquídea. Maru estaba de acuerdo y además me dejaba hacer.

Si esperaba a comprar todo el miércoles seguramente encontraría artículos más delicados y bonitos, pero también cabía la posibilidad de que fuera más difícil la entrega y que anduviera muy justa de tiempo, sobre todo para que llegara a Rosa antes del día 10.

No quedaba otra lo iba a comprar el domingo y se lo entregaría yo misma.

Y así ha transcurrido mi mañana. Cuando me levanté había perdido la chispa de la víspera por dos motivos: uno, porque el miércoles tendría acceso a más tiendas abiertas, como bien he señalado antes; otro, porque si no encontraba a Rosa en casa, se lo podría dejar al conserje que seguramente durante el puente estaría de vacaciones. En realidad había un tercer motivo y es que me levanté con un terrible dolor de cabeza. Durante el desayuno se lo comenté a mi marido que se había prestado a ayudarme con las compras y a llevarme a casa de Rosa.

Y lo que pasa en los matrimonios hemos acabado haciendo lo que a él le pareció mejor. Y a él le pareció mejor ir hoy, porque el miércoles habría más tráfico por motivos laborales. Lo que no tuvo en cuenta es que hoy había varias manifestaciones por el centro. En fin....

Hicimos las compras por nuestro barrio. Yo me tomé un tercer café solo con un antiinflamatorio, con la esperanza de que el dolor de cabeza desapareciera. El tiempo volaba y aunque yo busqué por internet tiendas por el centro, no acertaba con la ubicación, tampoco si era realmente lo que quería. Internet es rápido cuando dispones de todo el tiempo del mundo. No encontraba una floristería abierta y la que encontré no quería incluir otros paquetes en las flores, de manera que sí o sí era mejor que llevara yo todos los paquetes.

Los envolví como mejor pude, recordando las nociones de origami que tengo de cuando uno de mis tíos me enseñó a hacer barquitos de papel en mi más tierna infancia y que prácticamente no he pasado de ahí. De manera que cuando vean el envoltorio, les dejo que me busquen un curso de este bello arte que a mí se me escapa un poco (por cierto el curso de lectura ágil también estoy muy abierta a hacerlo). Les envió una foto de la orquídea en deshabillé, porque me pareció que era mejor no envolverla entera, y del carmín y el chocolate envueltos. Sí, debería haber hecho una foto antes de envolverlos para que vieran lo que había comprado, pero no se me ocurrió. Sí, se me ocurrió, pero tarde, y dado que había sido un triunfo envolverlos, mejor no volver a intentarlo. Adjunto foto. El carmín es rojo, muy rojo, y el chocolate negro, muy negro. Y sí, falta la rosa en la foto, una rosa roja, grande y hermosa. El motivo es que la rosa, me la envolvieron muy aparente en la floristería. Con las prisas cuando vinimos a casa para envolver los otros regalos, la rosa se quedó en la furgoneta. Intenté hacerle una foto cuando íbamos camino del domicilio de Rosa, pero tenía el sol de frente y no salía. Y para eso están los maridos y su sentido del juicio “mejor le haces la foto cuando lleguemos” y yo, que soy una mujer muy obediente, pues es obedecí, guardé el teléfono y me concentré en el navegador.

Al llegar a la calle nos dimos cuenta de que era imposible aparcar en doble fila, giramos la primera calle a la derecha, pero estaba imposible encontrar un hueco. Casi literalmente me lancé a la calle y salí hacia el portal de Rosa. Cuando estaba cruzando un paso de cebra, me di cuenta de que no había hecho la foto a la rosa, el claxon de un coche me sacó de mi ensimismamiento y me di cuenta que ese no era el lugar de hacer la foto. Ya no volví a intentarlo.

Tenía la sensación de estar en una gincana, yendo de un sitio a otro buscando los regalos. Ahora, concentrada en qué iba a decirle. Iba vestida realmente de camuflaje, salvo por

la mascarilla higiénica, en lugar de otra que tengo de tela muy aparente del día de los muertos, muy al estilo mexicano y que me cosieron unas amigas de Guardo.

Pulsé el interfono pensando que no encontraría a Rosa. No sé si el dedo se me quedó fijo en el botón, mientras miraba por los cristales de la puerta al conserje, que efectivamente estaría de puente, porque no lo vi. El caso, es que Rosa sí estaba y contestó. Y ahí dije yo, unas flores para Rosa Montero. Creo que no me entendió, porque lo tuve que repetir. Y me abrió la puerta. Así de fácil. A mí me pareció que estaba hablando con una amiga de toda la vida, porque ya tengo el tono de su voz de los Facebook y los zoom en donde la he visto.

En lugar de coger el ascensor, subí por las escaleras. Es mi costumbre, yo antes vivía en Dinamarca, donde no hay muchos ascensores en los inmuebles (tampoco son muy altos), y porque desde que empezó la pandemia para mí un ascensor es un lugar cerrado, reducido y no ventilado. Cuando llegué al piso, oí que Rosa decía algo así como “ay, pobre, se ha roto el ascensor”, y yo le dije, “pues, no sé, porque no he llamado”, me pareció que ponía una cara un poco rara, pero no entré en más detalles.

Guardamos las distancias y le dije que eran unos regalos del grupo de la Antología de Labios rojos, chocolate y una rosa. No le dije que yo era una de las participantes. No sé si se habrá dado cuenta de que no era una repartidora de Glovo, porque iba bien camuflada. Casi, no me conocí ni yo misma en el espejo del portal de mi casa.

Le entregué el paquete, le di las gracias y me fui bajando de nuevo las escaleras.

En el paquete sí va una nota, que explica un poco el motivo del regalo. Sí firmé la nota para darle más veracidad al regalo, pero allí delante de ella no dije quién era.

Ahora la cuestión es si ella se ha dado cuenta de que la mensajera era alguien del grupo y no de mensajería.

Un abrazo grupo. Yo he pasado una mañana muy divertida. Y al escribirlo ahora me vuelvo a reír. Hay cosas que se me escapan y que ya volverán a la memoria. Como todo en el día de hoy, escribo estas líneas a toda carrera. La parte cuando bajé de nuevo a la calle y no sabía cómo encontrar a mi marido pues yo carezco de sentido de la orientación se lo contaré otro día. También la cara que puso cuando le dije “pues no, no me he dado cuenta de pedirle una foto juntas”, “pues no, tampoco le he dicho cómo me llamaba”.

Arancha Naranjo